

## QUINTA ESTRELLA,

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

## CAPITULO VI.

QUE ES LA MADRE DEL SIGLO FUTURO Y LA REPARADORA DE NUESTRO LINAJE.

Ya estamos empeñados en poner de manifiesto las principales calidades del divino esposo Jesucristo y hacer ver que su esposa la virgen Maria participa de todo cuanto hay en él. Para dar algun realcé á esta materia, que será la de todo el presente tratado, he escogido entre las antiguas figuras la del gran rey Salomon como la mas excelente idea que puede discurrirse de las perfecciones regias del Salvador, en atencion á que le reconocieron como tal S. Ireneo (1), S. Gregorio Niseno (2), S. Bernardo (3), S. Isidoro (4), S. Próspero (5) y otros muchos y graves doctores. Mi designio no obstante no es ponderar en largos discursos los títulos de honor del rey de la gloria encarnado, sino solamente indicar los que posee su dichosa esposa por la semejanza que tiene con él. Comencemos por los de padre del siglo futuro y rey espiritual, que quedaron como bosquejados en el tratado precedente.

(1) Lib. 4, cap. 4.

(2) Homi. 7 in Cant.

(3) Serm. 27 in Cant.

(4) De morte sanctorum.

(5) De promission., p. 2,

c. 27.

§. I.—De las calidades de padre del siglo futuro y reparador de los hombres, primer título del rey de la gloria encarnado.

I. Le llamo resueltamente el primero, porque entre todos los títulos que pueden darse á un rey, no sé que de ninguno haya de hacer tanto aprecio como del de padre. Este es el nombre que en todos tiempos se ha dado á los primeros principes del mundo en premio de sus mas insignes hazañas. De este nombre se han mostrado tan celosos, que el mayor galardón á que han aspirado en pago de sus afanes y desvelos, ha sido el de apellidarse padres de la patria. Dios mismo gusta sobremanera de este nombre, y por él quiso que le pidiésemos bienes corporales y espirituales. Este es el título que el magnifico Salomon estimó mas que todos sus tesoros y le prefirió al imperio del universo, teniéndose por mas distinguido con él que los otros principes con sus laureles. Este es el título que se le decretó como galardón de su sabia conducta y de los cuarenta años de profunda paz en que mantuvo á sus vasallos. Este es el título que le hizo mas amado de los suyos que todas sus otras regias cualidades. En una palabra este es el título que juzgó muy digno de adquirir y conservar diligentísimamente, segun diré en mejor oportunidad (1). Y viniendo al de que trató en este capítulo, es uno de los títulos principales que daba el profeta Isaías al Mesías hace mas de dos mil y cuatrocientos años, llamándole *padre del siglo futuro* y uniendo á él el de principe de paz como el fruto á la rama, como la rama á su tronco y como un tronco á la raíz de donde sale. A este mismo título está tambien unido inseparablemente el de reparador de los hombres, si

(1) En el cap. 11.

es que son dos títulos diversos y no dos apelaciones diferentes de un mismo título. Esta es la razón por que no he juzgado conveniente tratar de ellos por separado.

II. Pero ¿qué es lo que me infunde temor, hiela la sangre en mis venas é introduce el terror y el espanto en mi corazón? ¿A qué intento me acuerdo ahora de una antigua ceremonia de los romanos, que daban á una misma diosa la presidencia de las bodas y de los entierros y el encargo de preparar los festejos, banquetes y saraos para celebrar las primeras y las ceremonias funerarias de los segundos? ¡Ah! Ya descubro el motivo y conozco que mi pensamiento quiere decirme que el título de padre y reparador costará muy caro al príncipe de la gloria y que el matrimonio de que he discurrido antes, se consumará en el Calvario y con gran efusión de sangre. ¿Qué quiere decir, almas buenas, que apenas acabamos de oír los epitalamios y los himnos de júbilo, cuando ya comenzamos los lamentos y pensamos en los epitafios? ¡Cómo! ¿Ya se pone por medio la muerte, llena de sangre la sala de las bodas y no se oyen mas que suspiros y sollozos? Fortaleced vuestro corazón para ver por un lado al esposo bañado en su sangre y llevado del tálamo nupcial al lecho de muerte ó por mejor decir espirando en el primero, y por otro á la afligida esposa traspasada de dolor y moribunda de pena y no obstante obligada por las consideraciones eternas á entregar su esposo é hijo á la muerte y á mantenerse firme mientras él espira. A la verdad que es una peripecia trágica; pero con esta condición fué hecha esposa, y luego veremos que el desenlace es favorable.

III. Por lo demás era cosa concertada que el Salvador habia de ganar el título de reparador y padre del siglo futuro con la punta de la espada. S. Pablo que llevaba el registro del consejo del cielo, cita este decre-

to diciendo en su epístola á los hebreos (1): «Porque convenia que aquel por quien son todas las cosas y para quien son todas las cosas, habiendo de llevar muchos hijos á la gloria consumase por la pasión al autor de la salud de ellos.» Y en los Hechos de los apóstoles (2) hablando del reino del mismo Salvador, esto es, de la iglesia, asegura que la adquirió con el precio de su sangre (3). Mucho antes el profeta Isaías habia hecho mención de este decreto bajo el nombre de pacto ajustado entre el Padre eterno y su hijo hablando tan claramente de él, que no parece sino que referia una cosa ya hecha y concluida. Con efecto despues de manifestar menudamente lo que habia de suceder el día de la pasión y de la victoria juntamente de aquel príncipe conquistador añade: «Si ofreciere su alma por el pecado, verá una descendencia muy duradera, y la voluntad del Señor será cumplida por su mano. Por cuanto trabajó su alma, verá y se hartará: aquel mismo justo siervo mio justificará á muchos con su ciencia, y él llevará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto le daré mucho por su porción y repartirá los despojos de los fuertes (4).» El Salvador mismo lo dió bien á entender hablando misteriosamente de la semilla que debia de ser echada en la tierra y morir allí para dar

(1) Ad hebr. II.

(2) Act. XX.

(3) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. — «Esta perfección del Salvador consiste en la gloria del Padre, que es el fuego divino en que entró despues de su inmolación para vestirse como las víctimas del altar de los holocaustos de la claridad de aquel fuego, para perder el estado de la carne pasible y mortal y para pasar á la pureza y comunicación comple-

ta de la llama eterna. Esto es lo que se llama en los sacrificios la perfección de la víctima. San Juan Crisóstomo pone esta perfección en la virtud misma de padecer la muerte por los hombres, que juzga mas gloriosa que el haber criado el mundo. Era digno del Padre el glorificar á su hijo despues de los muchos hijos que le habia adquirido por su pasión.»

(4) Isaí. LIII.

ciento por uno. En este punto terminaban casi todas las antiguas figuras y las promesas de los profetas.

IV. Pues habiendo Dios preparado á su amado hijo una esposa y una madre santa en todos conceptos y habiéndosela dado por compañera en la obra de nuestro rescate, pedía la razon que contribuyese ella por su parte y se ocupase en la misma con la mayor diligencia. Esto es lo que habremos de examinar en el resto del capítulo.

§. II.—Del título de madre del siglo futuro y reparadora dado á la madre y esposa del Salvador.

I. No es pequeño lauro, ni liviano honor para el sexo femenino el haber hecho tanto algunas mujeres para promover la religion cristiana, que puede decirse han sido ellas los principales instrumentos despues de Dios. Sin hablar de santa Marta, á quien los antiguos dieron siempre el honroso título de apóstol de la Provenza y de los países comarcanos, es cosa clara que la conversion pública de los mayores imperios y de los reinos mas florecientes se debe en mucha parte á su industriosa caridad y á su heróica firmeza. Las historias atestatan que no contribuyó poco á la conversion de Constantino, primer emperador cristiano, el tener una madre tan virtuosa, tan discreta y tan pia como santa Elena, la cual le sugirió poderosos motivos para abrazar una religion que el cielo le mostraba con tantos prodigios. Nunca olvidará Francia lo que debe á santa Clotilde, una de sus primeras reinas y sobrina del rey de Borgoña Gombaldo, la que predicó y exhortó tanto á su marido el invencible Clodoveo, que al fin le determinó á hacerse cristiano con gran provecho de la religion y de los francos. Los ingleses estarán perpetuamente obligados por la conversion de su rey Ediberto á su mujer, descendiente de

la familia real de Francia y llamada Berta por algunos; pero creo mejor al papa S. Gregorio, el apóstol de los ingleses, que la llama Adilbergis (1).

II. Sea tambien dicho en honor del reino cristianísimo que Hermenegildo, el primer rey de los godos que abrazó públicamente la religion católica en España, fué inducido por las amistosas amonestaciones de su mujer Ingundis, nieta de Clotario. El antiguo reino de los longobardos será del mismo modo deudor á la ilustre casa de Baviera por haberle dado la animosa Teodelinda, á persuasion de la cual el rey Aigul recibió el primero el bautismo y mandó predicar la verdadera religion en todos sus estados con gran consuelo de las almas. Lo mismo puedo decir del de Hungría, que debe los principios de su conversion á la muy esclarecida Gisela, mujer del rey S. Esteban y hermana del emperador Enrique II, ambos á dos principes dignos de eterna memoria.

III. No obstante es preciso confesar que esta gloria parecerá pequeña, si se quiere comparar con la que el sexo flaco recibió de la madre de Dios, á quien todos los reinos y naciones del mundo deben reconocer por su reparadora y por compañera inseparable del Salvador en la empresa de nuestra salvacion. «En esto, decia el devoto S. Hugo, monje cartujo y luego obispo de Lincoln, ensalzó de tal manera el honor de su sexo, que no es posible suba mas alto.» «En esto, decia S. Cirilo de Jerusalem (2), cumplieron superabundantemente las mujeres la obligacion que tenian á los hombres por haber sido sacadas de la costilla de Adam.» Siendo de tanta trascendencia este punto y este título de reparadora, no me es permitido tocarle ligeramente, sino que me tengo

(1) S. Greg. l. 7, epist. 30: Barom. año 597.

(2) Cateches. 12.

por obligado á probarle de una manera indudable para eterna memoria de esta reina y confusion de la herejía y del infierno.

IV. Así entiendan todos que los santos doctores usan con libertad de estas palabras y denme la seguridad de hacer lo mismo despues de ellos. «Lo que Eva condenó, dice el papa S. Inocencio III (1), lo salvó María.» «Por tu medio, oh santa señora, dice S. Bernardo (2), se pobló el cielo, se desocupó el infierno y se repararon las ruinas de la celestial Jerusalem.» Y en otro lugar (3): «María fué hecha toda para todos y por su abundantísima caridad obligó á los unos y á los otros. Ella abrió á todos el seno de su misericordia, para que todos sacasen de su plenitud, el cautivo la libertad, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdon, el justo la gracia, el ángel el gozo y la santísima Trinidad la gloria.» Y en otra parte (4): «Contemplad con admiracion á la inventora de la gracia, la medianera de la salvacion, la reparadora de todos los escogidos.» El patriarca de Constantinopla S. German dice lo siguiente (5): «Oh Virgen santa, ¿cómo podremos cantar los beneficios que recibimos de tí? Porque nadie se salva sino por tu medio; nadie se libra de sus males sino por tu intercesion; y todo el que recibe alguna gracia ó misericordia, te queda deudor de ella. Por tu medio, dice el devoto S. Efren (6), fuimos reconciliados con Dios. Tú eres la libertad de los cautivos, la salvacion, la paz, la medianera y la reconciliacion de todo el mundo.»

V. En el capítulo anterior oimos á S. Pedro Damiano, quien dice que así como no se hizo nada sin Dios,

(1) Serm. 2 in Assumpt. (4) Epist. 174.  
 (2) Serm. 4 in Assumpt. (5) Serm. de dormit. B. Virg.  
 (3) Serm. in *Signum magnum*. (6) Orat. ad Virg.

de la misma manera no se reformó nada sin ella. No puedo pasar en silencio las preciosas palabras de Ricardo de S. Victor. «La Virgen santísima, dice (1), fue tan excelente en virtudes y su caridad tan ardiente, que no se limitó á los de su nacion, sino que se extendió generalmente á todos los hombres: ella pidió por todos y fué oida por todos aun en testimonio del ángel, que le dijo que habia hallado gracia delante del Señor. Ella deseó la salvacion de todos, la pidió con instancias y la obtuvo. ¿Qué mas se quiere? Ella la causó; por lo cual la llamamos la salud del mundo.» Lo mismo dicen S. Agustin (2), S. Fulgencio (3), S. Ireneo, S. Pedro Crisólogo, Sofronio y otros varios (4), y el devoto Dionisio el cartujo no tiene reparo de llamarla la salvadora del mundo (5).

VI. En lo cual es de notar primeramente que aunque el salvador de nuestras almas no tenia necesidad de ninguna ayuda, ni asistencia para concluir la obra de nuestra redencion, como nota gravemente S. Ambrosio despues de David (6), eso no quitó para que dispensase á su santísima madre y amada esposa el honor de asociarla á esta conquista. «Aunque nadie duda, dice muy oportunamente S. Bernardo (7), que Jesucristo era mas que sufficientísimo para este efecto, porque toda nuestra suficiencia proviene de él, con todo no era conveniente para nosotros que él solo echase mano á la obra, sino que interviniesen el uno y el otro sexo en nuestra reparacion, así como habian contribuido los dos á nuestra ruina.» En segundo lugar es de notar que la gracia co-

(1) Cap. 26 in Cantie. (5) De laud. Virg. l. 2, art. 9.  
 (2) Serm. 17 de Nativ. (6) Epist. ad eccles. vercellens.  
 (3) De laudibus Mariæ. (7) Serm. in *Signum magnum*.  
 (4) Suar., t. 2, in 3 part., disp. 49, sec. 4.

municada á la bienaventurada virgen María no rebajó en nada la calidad de salvador, singularmente propia de nuestro Señor, sino que no obstante este privilegio de participacion subsiste inalterable lo que dijeron los profetas Isaías y Oseas. «No hay Dios justo, ni salvador sino yo», dice el Señor por boca del primero (1). «Yo soy tu Dios, dice por boca del segundo (2), y no hay salvador sino yo.» «Miré al rededor, vuelve á decir por el mismo Isaías (3), y no habia auxiliador: busqué, y no hubo quien ayudase, y me salvó mi brazo, y mi mismo enojo me auxilió.» Es verdad que así como solo es propio de Dios salvar en calidad de causa principal, así no conviene mas que á Jesucristo Dios y hombre satisfacer en rigor de justicia y merecer condignamente, como se dice en las escuelas, la gracia y la gloria al hombre desgraciado; y la Virgen no piensa arrogarse ese mérito, ni yo quiero disputar en su favor. Lo único que aquí hago, es mostrar que su gracia fué tan extraordinaria, sus prendas y sus obras tan relevantes y tan superiores al orden comun, que merecieron que Dios tuviese miramiento á ella en el pacto celebrado con los hombres y se moviese en consideracion á la misma y por la que llamamos congruidad, á recibirlos en su amistad. Este privilegio que no corresponde á nadie mas que á ella, no puede negarse á sus singulares méritos.

§. III.—Primer título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro.

*El primer título es por habernos dado un redentor.*

I. De todos los títulos por los cuales mereció la Virgen santísima el nombre y calidad de reparadora del li-

(1) Isai. XLV.  
(2) Ose. XIII.

(3) Isai. LXIII.

naje humano, el principal y el que primero ocurre es por habernos dado un reparador y un redentor. «Todos tenemos motivo, dice Sofronio (1), de honrar á aquella á quien somos deudores de nuestra salud, porque concibiendo á su criador que venia del cielo, procuró á la tierra un redentor.» De aquí nace la consecuencia necesaria que sacaba S. Basilio de Seleucia (2); á saber, que no podemos mostrarnos reconocidos á nuestro soberano bienhechor sin protestar por el mismo medio que estamos obligados á aquella de quien le recibimos. «Pues si el hijo de Dios, como decia S. Gregorio de Neocesarea (3), vino á la tierra para reducir los extraviados al buen camino, buscar á los perdidos, iluminar á los ciegos, resucitar á los muertos, restituir la libertad á los esclavos y hacerse todo para todos; debemos todos estos beneficios á la que nos los proporcionó y por cuya intervencion tenemos el goce de ellos.»

II. Esa es la razon por que S. Juan Damasceno la llama francamente (4) la fuente de todas las bendiciones que se han derramado sobre la tierra. Esa es la causa de que todos los santos padres den mil elogios y títulos honoríficos al sagrado vientre que llevó á nuestro libertador. S. Agustin le llama la botica donde se compuso la medicina de nuestra salud de un modo conveniente á las fuerzas y á la disposicion del enfermo (5). Sofronio le da el nombre de huerto cerrado, de donde salió la verdadera fuente de la vida para regar la tierra del corazon humano, que estaba condenado á perpétua sequía (6). S. German de Constantinopla le reconoce (7) por el tabernáculo místico y la sacristia donde el sumo sacerdo-

(1) Epist. de Assumpt.

(2) Orat. de Annuntiat.

(3) Serm. de Annuntiat.

(4) Orat. 4 de dormit. B. V.

(5) Hom. 49 de sanctis.

(6) Epist. de Assumpt.

(7) Orat. de nativ. Virg.

te Jesús se revistió la vestidura de nuestra humanidad para ir á ofrecer á Dios padre el sacrificio expiatorio de nuestros pecados. El ya citado S. Basilio de Seleucia dice (1) que es la cancillería donde quedó cancelada la obligación que habíamos hecho al demonio, y donde como decía Proclo en el concilio de Efeso (2), se firmaron y sellaron los despachos de nuestra rehabilitación y donde la palabra eterna, que antes subsistía solamente en el entendimiento del Padre, fué escrita en el papel con los caracteres de los elementos materiales, según dice Teodoto, obispo de Ancira en la Galacia (3). S. Ildefonso dice que es el gabinete secreto donde se reformó el testamento de Dios en favor de la naturaleza humana (4). S. Efrén sostiene que es el papel divino en que se escribieron los artículos de la abolición de nuestros pecados (5). El bienaventurado Proclo asegura por segunda vez (6) que es el salón regio donde se obró la reconciliación y concordia entre Dios y los hombres. En fin todos van á porfía sobre quién expresará mejor los sentimientos de gratitud de su corazón.

III. Esta es también la razón por que los mismos santos padres bendicen una y mil veces el día de la nati-  
vidad de María, el de su concepción y el de la encarnación del hijo de Dios. «En aquel día, dice S. Juan Damasceno hablando del primero (7), se renovaron las alianzas hechas con los hombres: en aquel día vimos cumplidas las profecías: en aquel día se descubrieron los misterios antes escondidos, y los que estaban sepultados en densísimas tinieblas, fueron alumbrados.» «En aquel día, dice el mismo santo doctor hablando del se-

(1) Serm. de Annuntiat.

(2) Orat. de nativ. Domini.

(3) T. 6, conc. ephes., c. 10.

(4) Serm. 1. de Assumpt.

(5) Serm. de laud. Virg.

(6) Serm. de nativ. B. Virg.

(7) Orat. 8 de nativ. B. Virg.

gundo y tercero (1), se hallan el principio, medio y fin, la firmeza y seguridad de todos los bienes á que podemos aspirar jamás.» «En aquel día, dice S. Epifanio (2), la gloriosa Virgen preparó un puerto seguro á los que navegaban en el proceloso mar de este mundo sin saber dónde tomar tierra, ni detenerse.» «En aquel día, dice san Gregorio de Neocesarea (3), el mundo fué renovado y alumbrado con una luz celestial. En aquel día las esperanzas antes invisibles é imperceptibles comenzaron á manifestarse y hacer ver á los mortales unas maravillas que exceden la capacidad de todo entendimiento criado.» «En aquel día, dice el devoto arzobispo de Candia (4), nos vino del cielo un regocijo público que borra todas nuestras miserias pasadas. En aquel día el Dios omnipotente acabó el designio de la creación del mundo, que el enemigo común de los hombres había procurado trastornar. Así la razón quiere que todos tengan parte en el gozo de este día, pues en él se abrió el cielo, la tierra recibió al príncipe del universo, Nazareth se convirtió en un paraíso terrenal, en el mismo instante en que albergó al que en el principio había criado el paraíso: el padre de las misericordias se unió á nuestra naturaleza dándole su propio hijo por esposo, y porque no padeciese nuestro ánimo con la expectación, envió su mensajero á traer las buenas nuevas de la salud esperada.» Oigamos lo que dice á la que ha sido escogida por el cielo para medianera de nuestra salvación. S. Germano de Constantinopla exclama aquí como un hombre arrebatado de gozo y admiración (5): «¿Quién hubiera creído jamás, ni se hubiera atrevido á esperar que Dios

(1) Orat. 4 de dorm. B. Virg.

(2) Serm. de S. Deipara.

(3) Orat. 4 de Annuntiat.

(4) Orat. de Annuntiat.

(5) Orat. 4. de nativ. Virg.

quisiese hacernos por medio de una mujer tantos bienes como es saltar por cima de todas las leyes de la naturaleza, prendarse de una virgen y unir su incomprendible majestad á una criatura tan vil y baja como el hombre?» Oh virgen incomparable, por tu medio vieron y recibieron los pobres los tesoros de la divina bondad. Así es que apenas los vieron, protestaron solemnemente con el real profeta que la tierra estaba llena de las misericordias del Señor. Tú ayudaste á los pecadores á buscar á Dios y los hiciste encontrar la salud, y entonces se vieron obligados á confesar delante del cielo y de la tierra que si no hubiera venido á socorrernos el Verbo divino apiadándose de nosotros y encarnando en tus purísimas entrañas, estábamos perdidos, como que nos hallábamos ya á la orilla del precipicio é íbamos á caer en el infierno.

§. IV.—Segundo título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro.

*El segundo título es por haber ofrecido su hijo á la muerte.*

I. Los santos padres no se detienen en este primer título y no pueden consentir que se la llame reparadora solamente por haber dado al mundo el reparador, sino que considerando á la Virgen como madre y esposa del padre del siglo futuro reconocen en ella cierto poder, por el cual junto con un consentimiento libre y resuelto de entregar á su hijo y esposo por nosotros cooperó de una manera especialísima á nuestra salvacion y redencion. Esto me trae á la memoria el hecho referido en el capítulo IV del Exodo, donde se dice que cuando Moisés iba á Egipto con su mujer y sus hijos por mandato expreso de Dios, se le presentó un ángel con espada en mano y amenazó matarle. Viendo Séfora que corría peligro la vida de su marido porque aun no estaba cir-

cuncidado su hijo Eliezer, segun habia ordenado el Señor, cogió una piedra aguda y circuncidó al niño. Hecho esto tiró á los pies de su marido el prepucio ensangrentado y le dijo: «Tú eres para mí un esposo de sangre.» Algunos opinan que la pena de ver á su hijo chorreando sangre le hizo proferir estas palabras; pero otros creen mas probablemente que fueron una expresion cariñosa y que equivalió á decirle: «Amigo mio, sin mí eras perdido; pero yo te he rescatado y te he adquirido á costa de la sangre de este niño inocente.» Sea de esto lo que se quiera, á mí me parece que la Virgen tenia mucho mas motivo para decir á nuestro Señor que era para ella un verdadero esposo de sangre y que tambien ella podia llamarse con justísimo título una esposa de sangre, pues estaba obligada por el decreto eterno de Dios á entregar su hijo y su esposo á la muerte y su matrimonio no podía consumarse sino con efusion de sangre.

II. Para comprender mejor lo que quiero decir, habrá que recordar lo declarado en el capítulo anterior del poder como natural que nuestra señora tenia sobre el Salvador su único esposo, y mucho mas del poder absolutamente natural que tenia sobre él como verdadero y legítimo hijo suyo. A este poder no perjudicaba nada la persona divina del Verbo encarnado, porque así como no rebajaba nada la calidad de madre, tampoco disminuía de ningun modo los derechos maternales, que le conservó siempre el Salvador con todo cariño y sumision. Y no piense alguno atajarme con la respuesta que Jesus dió á su madre en las bodas de Caná diciendo: *Mujer, ¿qué tengo yo contigo* (1)? Porque le pondré delante la autoridad irrecusable de muchos graves doctores, de san Agustin (2), S. Gregorio Niseno (3), S. Gregorio Mag-

(1) Joan. II.

(2) Trat. 49 in Joan. et lib. de fide et symbolo, c. 4.

(3) Orat. in illud dictum

Apostoli: Tunc erit et ipse subjectus etc.